

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NUMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abaje las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID.....	Un mes..... 1 peseta
	» Trimestre..... 2,50 »
	» Año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS	Un Trimestre..... 3 pesetas
	» Semestre..... 6 »
	» Año..... 12 »

CERTAMEN PATRIÓTICO

En el último correo de Cuba hemos recibido cuatro sonetos destinados a nuestro Certamen y dedicados a cantar las glorias del ejército español.

Esas composiciones escritas quizás por hermanos nuestros de Cuba que simpatizan con la noble causa que defiende España en la gran Antilla, no pueden ser rechazadas por Don Quijote.

Por esta causa demoramos hasta la semana próxima la publicación de los acuerdos del jurado que ha de juzgar las composiciones admitidas.

He aquí ahora los lemas de los sonetos recibidos últimamente:

Por honor de España.

Punta Brava.

Invencible.

¡Santiago y a ellos!

AMARGURAS

No es la muerte el mayor de los males. ¡Hay tantos otros que la superan! Término fatal, inexorable de la vida, aparece más temeroso para el instinto que no para la reflexión. ¿Por ventura no se muere una vez? exclamaba el gran Quintana en días tan negros y aciagos como los presentes. Un poco antes, un poco después, no es tan grande la diferencia. El que alcance la mayor longevidad, ha dicho Lucrecio, no estará muerto menos tiempo que aquel que fallece al nacer. *Lorsqu'on est mort c'est pour longtemps*, como dice donosamente el sepulturero del *Assommoir*. No es razonable temer tanto lo que no se puede evitar según nos lo advierte Montaigne. La Naturaleza no da ciertamente a nuestra conservación individual la enorme importancia que nosotros le atribuimos. Y luego la vida no es de suyo bien tan excelso y apetecible que valga la pena de rehusar la propia en holocausto de las grandes y nobles causas.

Más triste que la muerte misma suelen serlo muchas veces las circunstancias que la acompañan. Dulce y hermoso es, al decir del poeta latino, dar su vida por la patria. Pero es amargo verse obligado a ese gran sacrificio por las culpas y las torpezas ajenas. Es amargo pagar con la vida propia o con la de los seres queridos descuielos y pecados que debieron ser a tiempo evitados y reprimidos. Es amargo ir a la muerte viendo que rehusan acompañarnos aquellos que han contribuido con su conducta a hacer necesario el holocausto. Es amargo dudar de si la propia inmolación, aun coronada por el éxito, habrá de servir para regenerar a la patria o para recrear en ella la negra reacción que la arruina y envilece. Es amargo hallarse dirigido, en las tristes horas de una tremenda expiación, por los mismos hombres fúestos cuyas imprevisiones, flaquezas y desmayos constituyen precisamente las culpas que la patria expía.

De infortunados califica Leopardi, el gran cantor del patriotismo, a aquellos pobres italianos que, al morir por ajenas discordias, no podían decir que devolvieran al suelo natal las vidas que les dió. El combatiente español no está en tan duro trance. Luchando, enfermando, muriendo, lucha, enferma y muere por el honor y el derecho de la patria. ¡Pero en qué tristes condiciones! Van los pueblos a esas luchas épicas o movidos por los grandes entusiasmos o sostenidos por el sentimiento austero del deber que impone los sacrificios fecundos. ¿Cómo no ha de envidiar el espa-

ñol de hoy aquel fervor patriótico con que nuestros abuelos rechazaron heroicamente la extranjera dominación, ó aquella abnegación reflexiva con que los soldados de Novara marcharon a un desastre cierto, prólogo obligado de la grande obra de la restauración de Italia? ¡Sí, dichosos, mil veces dichosos aquellos mártires! Claro el propósito, enardecida el alma, guiados por hombres de genio, llenos de prestigios, iban seguros del triunfo moral, cualesquiera que pudieran ser las vicisitudes de la suerte. Morir, vencer, ¿no era todo uno? ¿Quién no habría tenido a dicha sucumbir en tales empeños?

¡Tremendos días estos en los cuales se desenlaza de modo tan trágico el sainete de la política imperante! Vea el pueblo español las sangrientas veras que le valen aquellas burlas. Se le dijo que la restauración era la prosperidad, y la restauración le arruina. Se le dijo que era la tolerancia, y es la reacción intransigente y fanática. Se le dijo que era la paz, y es la guerra. Ahora le dicen los restauradores: «Vinimos a darte la tranquilidad moral, soporta la reacción y aguarda la discordia civil; vinimos a enriquecerte, danos tu último céntimo; vinimos a pacificarte, entréganos tus hijos para que maten y mueran.» Y los que de tal suerte, con tan asombroso acierto, con tan imponderable fortuna han realizado todo el programa de sus seductoras promesas, no solo siguen gobernando al país, sino que son todavía pregona los como hombres de capacidades excelesas, verdaderas maravillas de la genialidad estadística.

Sin duda es el pueblo español bravo, sufrido, tenaz, firme y heroico. ¿Saben ustedes lo que le falta? Nosotros tampoco. Pero si como amamos a la patria tuviésemos fé en los dones de la celeste munificencia, ni un solo día dejaríamos, por mañana y tarde, de dirigir a las alturas esta humilde deprecación:—Señor, concédenos, por obra de tu infinita misericordia, un poco de sentido común.

Alfredo Calderón.

CONTRA LA PRENSA

El viejo Cánovas, recordando sus buenos tiempos de tiranuelo, ha hecho restallar de nuevo su látigo sobre las espaldas de la prensa—¡la eterna víctima!

Y durante la anterior semana han sido denunciados nuestros queridos colegas *El Imparcial*, el *Heraldo*, *El País*, *El Correo*, *El Ejército Español*, *El Siglo Futuro*, *El Correo Español*, *Las Dominicales* y no recordamos si algún otro periódico más.

Por efecto de esas denuncias, se llenarán las cárceles de periodistas—ya ha sido reducido a prisión el Sr. Reparaz—y quedará demostrado una vez más que en este «clásico país de las libertades»—como dijo en ocasión célebre el bueno de exCastelar—la prensa es siempre la encargada de pagar los vidrios rotos.

No vamos a discutir—¡librenos Dios de semejante atrevimiento!—los acuerdos del ministerio fiscal.

Pero hay que considerar que esas campañas que los gobiernos emprenden contra la prensa no significan, después de todo, sino un gran miedo.

El gobierno podrá disponer de la fuerza de la ley, pero nosotros disponemos de la fuerza de la opinión.

Riámonos de él, supuesto que somos los más fuertes, y que hable el que tenga que hablar sin miedo a las violencias de la gente que manda.

EL CRISTO NUEVO

(CUENTO VIEJO)

Hay próximo a Zaragoza un pueblo de cien vecinos, que ni sé cómo se llama, ni viene al caso decirlo. En este pueblo, que cría los baturros más legítimos de Aragón y los más gordos melocotones que ha visto, fue nombrado concejal, y tras de concejal, al poco, un vecino de los ciento que nunca había salido del pueblo y que por deberes importantes de su oficio tuvo que ir a Zaragoza, y fué a lomos de un pollino. Esta burra, fuera parte de su dueño, el distinguido concejal de quien me ocupo, era el más grande borrico de todos los existentes dentro de aquel municipio. Llegó un hombre a Zaragoza, en un meson tomó asilo para él y su acompañante, almorzó, se fué de un brinco al Pilar, rezó a la Virgen, vió al diputado del distrito, tomó café, dió un paseo, cenó a la par que su digno cuadrupedo y compañero y se durmió muy tranquilo, esperando la mañana para emprender el camino del pueblo y dar de su viaje cuenta a sus colegas.

Muy de mañana

dejó el blanco techo el síndico

y fué a una tienda de imágenes

que había en el Coso mismo.

—Buenos días. —Buenos días.

—Diga usted, ¿tá usted Cristó?

—Sí, señor.

—Pues saque unos

ya escoger el más lúcio.

—Lo hizo el dueño, y el baturro,

tras mucho mirarlos, dió

señalando al que juzgaba

más útil a sus designias.

—¿Cuánto es este? —Veinte duros.

—No los hay más baratos?

—Sí, señor, estos pequeños.

—¿Y éstos cuánto valen? —Cinco.

—Pues apártame un ted ese

que está mas entristecido.

—Tomé usted.

—Ahí va la moneda,

y adios hasta otro ratito.

—Salí de allí con su carga

el hombre, avió el pollino

y echó por la carretera

adelante, con el Cristo.

.....

—¿Si supieras lo que traigo!

dijo cuando resndió

en su casa miró a todos

los prohombres del partido.

—¿Qué trais? —A ver quien lo acierta.

—Esto. —Lo otro.

—No. —Pues dílo.

—¡Decírolo!... Saque eso, Blas—

y a presencia de los dignos

visitadores, la síndico

sacó el regalo bendito.

—¡Ay, que majal! —Buena imagen!

—Vaya si estará bonico

en la iglesia!...

—Cada cual

del molo mas expresivo

se deshacía en elogios

y en aplausos y en cumplidos.

Un baturro que allí estaba

y aún no había abierto el pie

dijo, tras de mirar mucho

el regalo:—Oye, Benito,

¿milagrea? —Y con acento

muy serio respondió el síndico:

—¿Cómo quies que milagrea

si os cachorro el pobrecito?

—Por la copia,

Joaquín Dicenta.

Los zapatos de Silvela

CUENTO DE REYES

Curioso estudio el que pudiera hacerse de la vida íntima de los hombres políticos. ¡Cánovas en calzoncillos debe ser delicioso! ¡Pues y D. Emilio! ¡Y donal... (aquí tres prudentes puntos suspensivos) en enaguas.

Pero dejémonos de divagaciones (discreto consejo que suelen darse a sí mismo los novelistas de folletín) y entremos en materia.

Son las doce de la noche, ¡La hora, (según hemos convenido todos los autores) de las grandes aventuras.

D. Francisco se halla solo en su gabinete de trabajo, tan solo, que se permite la indiscreción de discursar en voz alta.

Oigámosle.

A fuerza de hablar mal de todos, voy a concluir por hablar mal de mí mismo.

Decididamente fui un majadero al separarme de D. Antonio. Si, aquí, en confianza, puedo decirlo; aquella fue una gran botarata. ¡Pero bien cara la estoy pagando! ¡Oh, felices tiempos aquellos, ya tan lejanos, en que disfrutaba de

DON QUIJOTE



Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 22.

EL SPOLIARIUM
(Don perdón a ustedes)
Ayuntamiento de Madrid

las delicias del poder, y hablaba al país desde la *Gaceta*, y hacía diputado á Rancés y alcalde de Madrid á Rodríguez San Pedro!

¡Ya todo ha pasado
como pasa un sueño,

y heme aquí solo, sin más compañía que Villaverde, ni más consuelo que el que me proporciona *El Tiempo*.» (Pausa. D. Francisco, no teniendo á quien morder, se muerde á sí mismo.)

¿Una reconciliación con D. Antonio? ¡Imposible! Nos separa el abismo de la selección.

Además, tendría gracia, que después de mis predicaciones en favor de la moral política, fuese yo á resultar correccionario de Gálvez Holguín y Concha Alcalde.

Y sin embargo, ¿por qué no? Ese es el único camino que me queda. Pero ¿me admitiría D. Antonio? Ese es el problema. (Nueva pausa.)

¡Martínez Campos! Cuanto de un modo absoluto con ese hombre. ¿Pero representa todavía algo en la política el malaventurado D. Arsenio? Pregunta difícil de responder.

Sin embargo, no hay que olvidar que ese hombre fué el que trajo las gallinas. Y como influencia, ¡vaya si tiene influencia!

Estos días hablan los periódicos de la formación de un ministerio intermedio. Y se cita mi nombre y el del general.

¡Quién sabe! No hay que olvidar que este es el país de las viceversas, como dijo no sé si Figaro ó Sor María de Agrelo.

¡Todavía voy á resaltar el día menos pensado presidente del Consejo, ó por lo menos ministro de la Gobernación! (D. Francisco se sonríe satisfecho; una sonrisa semejante á una mueca.)

¡Ah! ¡Qué idea! Mañana son los Reyes. ¡Si yo me atreviese á dejar las botas en el balcón, á ver si me dejaban una cartera!

¿Pero qué dirían mis amigos si se enterasen de esta chiquillada? ¡Bah! ¿Pero por dónde se van á enterar? Yo tengo la desgracia de ser algo superticioso... ¡Vaya, me decido!

(D. Francisco se descalza apresuradamente, y coloca las botas en el balcón.)

¡Caramba, qué frío hace! Voy á acostarme enseguida. ¡Achist! ¡Bueno, ya me he resfriado!

¡D. Francisco se dirige á su alcoba, cantando:

¡Soy el rata primero!

Y es fama que á la mañana siguiente encontró D. Francisco en una de sus botas un papel que decía:

«Seremos poder antes de lo que te figuras.—Tuyo, Arsenio.»

AMENAZA

El viejo de las arrogancias satánicas siente miedo de su obra, de toda su obra política, y acecha impaciente la ocasión ó el pretexto para arrojar al arroyo á merced del primer atrevido que ose recogerla, la pesada carga del poder.

No se preocupa en averiguar quién ha de ser su heredero, si Sagasta, el general Martínez ó el levítico Pidal.

No se entretiene en elegir sucesor; afánase tan solo en cubrir las apariencias para que su abandono no resulte una deserción.

No quiere, no, firmar la liquidación de cuentas.

Ha hecho su balance; sabe la parte de culpa que le corresponde y pretende esquivar el pago.

El, Cánovas, ha sido el hombre de la restauración; su encarnación genuina. Puede asegurarse, sin temor á ser tachados de injustos, que la restauración, toda la restauración, es Cánovas. Y esto, que ayer le envanecía, hoy le asusta. Se acuerda de sus auxiliares, de sus cómplices; pero estos, á fuer de egoístas, no sienten afición por el sacrificio. El poder es en las circunstancias presentes un problema preñado de peligros que exige soluciones inmediatas y acertadas. Y las gentes de la restauración, los partidos en turno, no se sienten aptos sino para las empresas fáciles.

Sagasta con la vejez ha perdido su afición immoderada al poder; aún le dura el aturdimiento de su último período de gobierno.

Las algaradas provocadas por aquel enjendro de Castelar y Gamazo bautizado con el ridículo mote de «Presupuesto de la Paz», los motines diarios en los pueblos, la enérgica y tenaz resistencia de Coruña, las matanzas de San Sebastián, las vergüenzas de Melilla, el tratado cómico burlesco de Marrasquek, el grito de Baire, las torpezas del general Calleja, todos esos sucesos son de ayer y están aún muy presentes en la memoria del Sr. Sagasta.

De ahí su repugnancia al gobierno.

Quédale á Cánovas otra solución: un ministerio

Martínez Campos, Silvela. Esto es, el maridaje de la sacristía y el cuartel. Una situación pretoriana que tendría por escudo tenazas inquisitoriales, cruzadas con sables coronados por espuelas de montar, en campo rojo. Rojo como las llamas de los quemaderos y la sangre de las víctimas.

¡Ah! pero esta solución no la consiente el país. Si la consintiera ni la teja de Job podría raspar tanta mengua.

QUISICOSAS

—¿Niño, ¿quieres un juguete?

—Yo por un pastel estoy.

—¿Qué gracia! ¿Quién eres?

—Soy

el año noventa y siete.

—¿No quieres un sable, di?

Mira que no es despreciable.

—Prefiero un pastel á un sable aunque se rían de mí.

¿Me lo va usted á comprar?

Vamos corriendo por él.

—No, niño, porque el pastel se te puede indigestar.

—Un pastel no es para tanto.

—¿No temes tener mal fin?

—Aunque soy muy chiquitín ya estoy curado de espanto.

Y como soy de opinión

que mi vida ha de ser corta,

es poco lo que me importa

morir de una indigestión.

Un turroneiro extranjero vino á España, y se marchó el pobre más que ligero, porque en cada casa vió que habitaba un turroneiro.

En España á nadie extraña que en santa paz y compañía tanto turroneiro viva.

¡Qué ha de extrañar, si en España el turrón es lo que priva!

—¿Qué hay de nuevo, Genoveva?

—Pues, chico, que en mi opinión en Cuba hay mucho ladrón.

¡Vaya una noticia nueva!

¿A muchos, como la espuma, no se les ve subir, bobas?

Yo no diré que se roba,

lo que digo es que se fuma,

—¿Y no se puede evitar?

—Mil veces lo han intentado,

pero está tan arraigado

ese vicio de fumar,

que, según cuenta la gente,

aunque allí el tabaco suba,

eso de fumar en Cuba

es ya moneda corriente.

Vicente Rubio.

LANZADAS

Ahora resulta que los insurrectos filipinos trataban nada menos que de instaurar una nueva monarquía y nombrar rey á Quico Rojas.

¡Válganos el cabecilla Aguinaldo, y qué brutos que son esos miembros del *Katipuan*!

El Comodoro, vapor filibustero, se ha ido á pique cerca de la costa de Florida.

¡Vaya, ya hemos conseguido que una expedición insurrecta no desembarque en la isla de Cuba!

Según los diarios *yankees* aún está vivo Maceo.

—Sí, vivito y coleando, pero es allá en los infiernos.

De un periódico:

«En los círculos políticos se habla mucho de la formación de un ministerio intermedio.»

Pero ¿intermedio de qué?

Eso es lo que hay que significar, querido colega.

Según los carlistas, D. Carlos va á dar un manifiesto respetuoso indicando soluciones patrióticas para conjurar los conflictos actuales.

Como si lo viéramos, esas soluciones trascienden á boda.

Casualmente, ahora está el horno de Loredán en punto para hacer matrimonios.

¡Diez denuncias en un día!

—¿Pero es don Antonio Cánovas

el *gachó* que nos gobierna,

ó es Antonio Torquemada?

Una partida de catres ha asaltado un tren en La Roda.

Amigo Camerón, hay que pedir al Senado norteamericano que conceda la *beligerancia* á esa partida.

La prensa se escandaliza de que en el Brasil y en un *meeting* en favor de la independencia de Cuba haya hecho la apología de los insurrectos un mulato llamado José Patrocinio.

Y es que, sin duda nuestros colegas no saben el segundo apellido del mulato orador.

Según nuestros informes, se llama: José Patrocinio de Bandúlos.

El Sr. Sagasta es de opinión que siga en el Poder el actual Gobierno.

Lo cual es la mejor prueba de lo bien que anda la situación.

¡Porque cuando D. Práxedes hace ascos al Poder!

Palabras de Castelar:

«En mi patria inmaculada
ahora y siempre es respetada
la libertad de pensar.»

(Prueba: La prensa es juzgada
por el fuero militar).

Máximo Gómez ha atravesado la *trocha* de Morón. ¡Permita la diosa Casualidad que le dejen como al gallo del cuento!

Libros:

Coplas alegres, se titula una colección de ingeniosísimas poesías originales del conocido poeta D. Eustaquio Cabezón. Las tales coplas no son solo alegres sino preciosas de verdad y merecen leerse.

Precio del libro, dos pesetas.

El distinguido poeta Pedro Barantes ha publicado con el título de *Tierra y cielo*, un nuevo tomo de versos.

Barantes tiene ya un nombre envidiable como poeta, y creemos inútil decir nada nuevo en su elogio.

Pero si haremos constar que *Tierra y cielo* se halla en venta en todas las librerías al precio de tres pesetas.

Se ha publicado el quinto cuaderno de *Barcelona á la vista*, hermosa colección de fotografías inéditas que edita la acreditada casa Lópaz, de Barcelona. Precio, 35 céntimos, cada cuaderno.

Los conocidos fotógrafos de la Habana señores Otero y Colominas nos han obsequiado con un hermoso retrato del bravo comandante Cirujeda.

¡Estimando!

Almanaque de DON QUIJOTE

PARA 1897

Se ha puesto ya á la venta.

Consta de sesenta y ocho páginas, lleva una cubierta en colores —en muchos colores!— y está autorizado con las firmas de los distinguidos escritores Manuel del Palacio, Eduardo del Palacio, Emilio del Palacio —¡eche usted palacios!— Porset, Estrañi, Ramos Carrión, Vital Aza, López Silva, Méndez (Félix), Pérez Zúñiga, Campoamor, Celso Lucio, J. Pereira, Taboada, Sawa (Miguel), Picón (Jacinto Octavio), Fernández Bremón, Feli y Codina, Sanchez Pérez, Flores, Delgado (Sinesio), Solsona, Jackson Veyan, Vico (Antonio), Larrubiera, Villegas, Valle Inclán, Menéndez Agosty, Burgos (Javier), etc., etc.

De la parte artística se han encargado los notables dibujantes Sojo (*Demócrito*), Cilla, Rojas, Solar de Alba, Poveda y otros.

Además, y con el título de *Los hombres de la República*, se publican en hermosos fotograbados, hechos en los talleres de Laporta, los retratos de los Sres. Salmerón, Pi y Margall, Esquerdo, Azcárate, Benot, Figuerola, Vallés y Ribot y el capitán Casero.

También publicamos en fotograbados los retratos de las conocidas artistas Sras. Guerrero, Cirera, Prado (Loreto), Segovia (Julia), Cobena, Montilla, Valverde, Vidaurreta, Brú, Llamadrid, Rodríguez (Matilde), Tubau, Pretel, Martínez (Juana) y Noya.

Y otros trabajos que hacen que el *Almanaque de Don Quijote* sea ¡valga la modestia! una verdadera preciosidad.

Precio del *Almanaque*: 35 céntimos para los corresponsales y 50 céntimos para el público en general.

¡Casi regalado!

Imprenta de Diego Pacheco, Plaza del Dos de Mayo, 5.